

# Identidades nacionales enfrentadas: las relaciones sino-japonesas en 2005

**Mario Esteban** Profesor ayudante, Doctor en el Centro de Estudios de Asia Oriental de la Universidad Autónoma de Madrid y Coordinador para Asia-Pacífico del Observatorio de Política Exterior Española de la Fundación Alternativas

## Resumen

Este artículo se centra en el análisis de las relaciones entre estos dos países en una circunstancia histórica única, en el que por primera vez coinciden en un proceso de expansión económica y política. Los discursos nacionalistas respectivos no son ajenos a esta coyuntura, y el autor concluye que en ambos casos se hallan mayoritariamente manifestaciones nacionalistas de carácter asertivo y, en ocasiones, de carácter agresivo. El nacionalismo asertivo introduce en la opinión pública la idea de “el otro” como grupo de referencia negativo que desafía los intereses y la identidad del grupo de pertenencia, mientras que el nacionalismo agresivo intensifica la percepción de amenaza y exige que se tomen medidas concretas para hacer frente al que es representado como un enemigo extranjero.

## Introducción

Desde la llegada al poder de Junichiro Koizumi en 2001 las relaciones entre Tokyo y Beijing atraviesan por una fase particularmente tensa a pesar de tener intereses comunes en distintos campos. Por ejemplo, en el ámbito económico, China es el principal socio comercial de Japón y Japón ha sido el principal socio comercial de China en tres de los últimos cuatro años; en lo político, ambos impulsan el proceso de regionalización de Asia Oriental; incluso coinciden en algunos temas de seguridad, como en su deseo de que la península de Corea esté libre de armas nucleares. Desafortunadamente, en 2005 no se revirtió esta tendencia del desencuentro; al contrario, se vivieron los momentos más tirantes entre China y Japón desde que reestablecieron relaciones diplomáticas en 1972. Este malestar entre ambos países no viene propiciado sólo por sus disputas: de carácter territorial, sobre la soberanía de las islas Diaoyu/Senkaku, según las nomenclaturas china/japonesa; estratégico, como la competencia por recursos energéticos; y económico, como diversos conflictos comerciales, sino también por sus discrepancias en el ámbito de las percepciones.

Para examinar cómo el nacionalismo dificulta las relaciones entre China y Japón primero se presentarán las percepciones que manifiestan chinos y japoneses respecto del otro. A continuación se analizarán desde una perspectiva cultural

algunas de las principales desavenencias que han surgido entre los dos países en 2005, identificando sus raíces nacionalistas. Dentro del seguimiento de este choque de identidades y percepciones mutuas, gran parte del artículo está dedicada a destacar la diferente interpretación que se hace desde ambos países de la invasión japonesa de China entre 1937 y 1945. Este hecho ha sido particularmente relevante en 2005, en el que se ha cumplido el sexagésimo aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial. Asimismo, a lo largo de este estudio se identificará el papel de ambos gobiernos en la generación de estas identidades nacionalistas conflictivas. Finalmente, a modo de conclusión, se expondrán algunas recomendaciones para reducir las tensiones que provocan el discurso nacionalista predominante en China y el nacionalismo revisionista japonés en las relaciones entre Tokyo y Beijing.

## La imagen de Japón en China y la imagen de China en Japón

En China predomina una visión negativa de Japón, como ha quedado reflejado en numerosas encuestas nacionales e internacionales realizadas a lo largo de la última década. En términos generales, el número de chinos que tiene una imagen “mala” o “muy mala” de Japón triplica al de los que tienen una imagen “buena” o “muy buena”. Sin ir más lejos, en una encuesta de junio de 2005 más del 70% de los 4.000 chinos encuestados afirmaba no sentir ninguna afinidad hacia Japón.

Además, a la hora de definir a los japoneses, los adjetivos que más se repiten tienen connotaciones negativas: “despiadados”, “belicosos”, “arrogantes” o “fanáticos”. Asimismo, la palabra “Japón” se asocia por más del 80% de los chinos con la expresión “diablos japoneses” (*riben guizi*), con la “guerra de resistencia antijaponesa” y con la masacre de Nanjing, mientras que más del 75% afirma que la visión de la bandera japonesa les recuerda la crueldad del imperialismo japonés.

Esta visión tan negativa de Japón que posee un abultado sector de la población China también se ha manifestado a través de numerosos productos de la cultura popular, de movilizaciones y de internet. Valgan como ejemplo los

siguientes comentarios publicados en un sitio de internet, llamado *China918*, creado por ciudadanos chinos para denunciar las atrocidades cometidas por el ejército japonés:

“Apenas soy capaz de encontrar la palabra adecuada para describir a los japoneses. ¿Bestias? ¿Animales? ¡No! Creo que los japoneses no merecen ni siquiera ser llamados ‘cosas’. He estado en Nanjing y he visitado el Museo de la Masacre. Tan pronto como entré en el museo sentí escalofríos [...] Cuando salí aún estaba temblando [...] Cada uno de nuestros compatriotas comparte la misma idea: ¡Deshagámonos de esa nación extranjera! No necesitamos ni su riqueza, ni su cultura, pues esa raza no tiene nada bueno que ofrecer. Son obscenos, egoístas, brutos, insolentes, cobardes e hipócritas. Los japoneses son una raza extraña dentro de la sociedad humana y no merecen ser tratados como seres humanos [...] Estoy convencido de que algún día esta raza extraña se extinguirá y ese día se convertirá en festivo para toda la humanidad”.

“Japón es un país que admira al fuerte y desprecia al débil. Estados Unidos conquistó Japón y Japón se ha plegado a los intereses de Estados Unidos. China renunció a exigir una compensación a Japón y, por ello, Japón considera que China es un país débil. Japón ha dividido a los seres humanos en tres categorías. La superior está formada por europeos y americanos, la intermedia por los japoneses, mientras que los chinos y los demás pueblos de Asia pertenecen a la más baja. La masacre de Nanjing nunca les podría haber pasado a los occidentales, porque los japoneses, aunque les ven como enemigos, consideran que son distinguidos. Sin embargo, los chinos sufrieron la masacre de Nanking porque son despreciados por los japoneses. Incluso hoy en día consideran a los chinos como una raza inferior y no se sienten culpables por la masacre”.

Esto no quiere decir que los chinos tengan una imagen completamente negativa del pueblo japonés. De hecho, al igual que les sucede con los estadounidenses, tienen una imagen ambivalente de ellos. Por ejemplo, consideran que los japoneses son “muy inteligentes” y “muy cultos”, incluso más que los propios chinos, pero a la vez piensan que son “arrogantes” y “traicioneros”. Es decir, que, aunque puedan reconocerles importantes cualidades, no consideran que sean un pueblo propicio para mantener relaciones de amistad o cooperación. En el imaginario popular chino, Japón aparece como un vecino hostil. Por ejemplo, un 51% de los jóvenes chinos interpreta las inversiones japonesas en su país como un instrumento del país del sol naciente para hacerse con el control económico de China. Asimismo, en

un estudio de 1999 cerca de dos tercios de los 700 pekineses encuestados consideraban que Japón albergaba intenciones hostiles hacia China y que disponía de los medios militares y/o económicos para amenazar su seguridad.

Resulta llamativo que dentro de la población china sean los jóvenes quienes perciben a Japón en términos más negativos. Los miembros de este tramo de edad carecen de experiencia directa de la guerra y, como ellos mismos reconocen, su comprensión de este tema ha venido determinado fundamentalmente por los conocimientos y actitudes adquiridos en la escuela y a través los medios de comunicación. Esto nos lleva a preguntarnos sobre la

**“Resulta llamativo que dentro de la población china sean los jóvenes quienes perciben a Japón en términos más negativos (...) Esto nos lleva a preguntarnos sobre la responsabilidad de las autoridades chinas en la generación y difusión de una imagen negativa de Japón.”**

responsabilidad de las autoridades chinas en la generación y difusión de una imagen negativa de Japón.

Tras la revuelta de Tiananmén y el desmoronamiento de la mayor parte de los regímenes comunistas, el Partido Comunista Chino (PCC) se empeñó en reforzar fuentes de legitimidad alternativas. Dado que uno de los componentes fundamentales de su legitimidad de origen fue su papel en la lucha contra la invasión japonesa, no es de extrañar que optasen por enfatizar sus credenciales nacionalistas. La importancia que concede el partido a este asunto queda perfectamente ilustrada en el énfasis que pone el aparato de propaganda en recordarlo constantemente, aprovechando cualquier aniversario relacionado con la actividad imperialista japonesa en China, mediante numerosas ceremonias conmemorativas extensamente cubiertas por los medios de comunicación. Entre estas actividades están la celebración de visitas a bases patrióticas y de videofóruns para estudiantes de todos los niveles, la organización de exposiciones, seminarios, congresos y la publicación de trabajos dedicados a este tema. El ejemplo más reciente lo encontramos con la multitud de actos que se han celebrado para conmemorar el 60 aniversario de la rendición de Japón en la Segunda Guerra Mundial.

Asimismo, este efecto de “demonización” de lo japonés se agudiza en los medios de comunicación y en el sistema educativo mediante la omisión sistemática de la influencia positiva que ejerció Japón sobre el proceso de desarrollo de China a principios de siglo XX, en el que destacó la provisión de un modelo de modernización dirigido desde un Estado centralizado y de una vía de acceso al conocimiento occidental.

Por su parte, los japoneses también muestran una actitud cada vez más negativa hacia China. En un estudio encargado el pasado diciembre por el diario conservador japonés *Yomiuri Shimbun* a la empresa Gallup, el 72% de los en-

cuestados decía no confiar en China, veinte puntos por encima del porcentaje de estadounidenses que desconfían de la República Popular China. Esta animadversión se fundamenta en el rechazo de los japoneses al sistema político chino, al temor ante su creciente poder militar y económico, y en el resentimiento que provoca la propaganda anti-japonesa respaldada por las autoridades chinas. En esta misma línea, otra encuesta presentada el pasado diciembre por el gobierno japonés mostraba que sólo un 32% de los japoneses tenía una visión positiva de China, un 5% menos que el año anterior. Si a esto añadimos que más de un 70% de los japoneses manifestaba que las relaciones entre los dos países no gozan de buena salud, el porcentaje más alto desde que el gobierno japonés comenzó a encargar este tipo de encuestas, resulta evidente que algunos de los acontecimientos producidos en 2005 han deteriorado la imagen de China en Japón. Entre estos hechos destacan los actos de vandalismo que sufrieron diversos intereses públicos y privados nipones durante las protestas anti-japonesas que se extendieron por varias ciudades de China en abril del año pasado.

Este progresivo deterioro de la imagen de China en Japón no es óbice para que los japoneses tengan una percepción más plural de este país que viceversa, lo que no es de extrañar dado el mayor margen de libertad del que gozan. En cualquier caso, y al igual que sucede en China, quienes defienden una postura más conciliadora hacia el otro país son silenciados e, incluso, acosados y tachados de traidores a la patria.

En cuanto al papel del gobierno japonés en esta polémica, éste no ha lanzado ninguna campaña de propaganda anti-china, lo que no le exime de su parte de responsabilidad a la hora de generar actitudes negativas entre la población. Nada menos que el ministro de Asuntos Exteriores japonés, Taro Aso, comentó públicamente el pasado 22 de diciembre que China “está comenzado a suponer una considerable amenaza”. Asimismo, el primer ministro Koizumi ha utilizado en su favor estos sentimientos anti-chinos en su disputa con Beijing por sus visitas al santuario Yasukuni, siendo el ejemplo más reciente su último discurso de año nuevo, cuando volvió a manifestar que los países extranjeros no deberían inmiscuirse en lo concerniente al santuario.

### Escribiendo la historia: heridas abiertas sesenta años después de la guerra

Casi han transcurrido 125 años desde que Ernest Renan señalara en su célebre conferencia *¿Qué es una nación?* que

“ El primer ministro [japonés] Koizumi ha utilizado en su favor estos sentimientos anti-chinos en su disputa con Beijing por sus visitas al santuario Yasukuni, siendo el ejemplo más reciente su último discurso de año nuevo, cuando volvió a manifestar que los países extranjeros no deberían inmiscuirse en lo concerniente al santuario.”

“para ser una nación, uno de los elementos esenciales es interpretar la historia de un modo equivocado”. El discurso histórico aparece así como un discurso identitario que aglutina a quienes lo comparten frente a otros grupos, que explican el pasado de manera distinta. Es más, resulta frecuente que las discrepancias en sus lecturas del pasado provoquen tensiones e incluso enfrentamientos entre distintos pueblos. Un ejemplo paradigmático de este fenómeno es la disputa que mantiene Japón con varios de sus vecinos sobre la interpretación de su pasado imperialista.

Desde el inicio de la posguerra la retórica dominante en Japón sobre la Segunda Guerra Mundial ha señalado a la

clase dirigente de la época como principal responsable de la guerra y ha presentado a la población japonesa como víctima de sus líderes. Este sentido de victimización, que desde un primer momento fue reforzado por haber sido blanco de armas atómicas y por las propias potencias vencedoras --ya en la

Declaración de Postdam se señalaba que el pueblo japonés había sido “ensañado e inducido a error” por “tercos asesores militaristas” -, ha dificultado que Japón pudiese procesar la experiencia de la guerra sin ambigüedades.

A esto hay que añadir tras el fin de la ocupación estadounidense el discurso revisionista lanzado por las élites conservadoras, especialmente por muchos de los políticos, funcionarios y empresarios que forman parte del núcleo duro del Partido Liberal Democrático (PLD). Desde su perspectiva, Japón se había visto forzado a entrar en la guerra por las restricciones migratorias y comerciales que le impusieron las potencias coloniales occidentales y, por consiguiente, rechazaban la validez del Tribunal Militar Internacional para Extremo Oriente. Siguiendo este criterio, la Dieta (el parlamento japonés) adoptó una resolución en 1953 que manifestaba que ningún japonés había sido criminal de guerra durante la Segunda Guerra Mundial. Otras resoluciones posteriores de la cámara japonesa definieron a los criminales de guerra como víctimas de guerra, consideraron el tiempo pasado en cárceles controladas por los aliados como tiempo de servicio y restauraron sus salarios y pensiones. Es más, algunos de los condenados como criminales de guerra ocuparon posteriormente altos cargos políticos. El caso más llamativo es el de Nobusuke Kishi, quien llegó a ser primer ministro tras haber sido condenado como criminal de guerra de clase A.

En la última década el nacionalismo revisionista ha empezado a calar en parte de la sociedad civil japonesa y se está manifestando en multitud de productos culturales, algunos

de los cuales serán analizados más adelante. Este discurso revisionista, como se revela en una de sus obras más famosas, *Japón después de la derrota (Haisengo ron)*, considera que Japón sufre una anomia social generalizada debido al discurso histórico excesivamente crítico que ha predominado en este país desde la Segunda Guerra Mundial. Por tanto, pretende resolver este problema mediante la presentación de una interpretación japonesa de la historia que permita a los nipones desterrar su imagen de agresores militaristas en Asia y sentirse orgullosos de su pasado.

En 2005 este revisionismo histórico ha vuelto a estar en el primer plano de la agenda pública japonesa al cumplirse el sexagésimo aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial. Las principales expresiones de este movimiento han cristalizado en el debate sobre los libros de texto de historia que deben estudiar los jóvenes japoneses, en la visita del primer ministro Koizumi al santuario Yasukuni, en la popularidad del cine bélico y en la aparición de *mangas* nacionalistas.

El tratamiento que hacen del imperialismo japonés los libros de texto nipones ha sido motivo de disputa entre Tokio y los países vecinos desde hace un cuarto de siglo. La polémica sobre este asunto fue particularmente intensa en el año 2001, tras la aprobación por parte del Ministerio de Educación japonés de un libro de historia para educación secundaria en el que se omitían atrocidades cometidas por el ejército japonés durante la guerra, como la masacre de Nanking, y en el que la invasión japonesa de China no era definida en estos términos, sino como un "avance". Es más, la nueva edición de este texto, aprobada el pasado abril y que tanto malestar provocó en China y Corea del Sur, todavía distorsiona más los hechos y presenta al Japón imperial como liberador de sus vecinos asiáticos, no como un invasor. Además, ninguno de los otros siete libros de historia aprobados el pasado abril por el *Monbusho* (Ministerio de Educación japonés) para el curso que viene menciona a las "mujeres de compañía", eufemismo que hace referencia a las esclavas sexuales, la mayoría chinas y coreanas, que el ejército japonés forzaba durante la guerra. Esto supone un importante retroceso respecto a las ediciones de 2001, cuando todos los libros aprobados por el Ministerio de Educación japonés exponían este fenómeno, que sólo empezó a ser reconocido por el gobierno nipón a principios de los años noventa. Estos cambios han sido justificados desde la administración, arguyendo que era el momento oportuno de modificar una visión demasiado negativa de la historia de Japón y de acabar con referencias históricas

**" En la última década el nacionalismo revisionista ha empezado a calar en parte de la sociedad civil japonesa y se está manifestando en multitud de productos culturales (...) [favoreciendo] una interpretación japonesa de la historia que permita a los nipones desterrar su imagen de agresores militaristas en Asia y sentirse orgullosos de su pasado. "**

"auto-despectivas". En la misma línea, la Sociedad Japonesa para la Reforma de los Libros de Texto de Historia, editora del libro más controvertido, se felicitaba de que se hubiese aprobado "el texto que más fielmente refleja el objetivo (...) de profundizar en el amor por la historia de nuestro país". Estos cambios no son más que los últimos en la extensión de un discurso histórico revisionista, cuyo peso dentro del sistema educativo es cada vez mayor. Obviamente esta tendencia tiene efectos tangibles sobre el conocimiento y la percepción que poseen los jóvenes japoneses sobre la historia de su país. En este sentido, resulta llamativo que, según dos encuestas realizadas por la televisión estatal japonesa NHK en 1982 en torno al

10% de los jóvenes entre los 16 y los 29 años no sabía si Japón había librado una guerra de agresión en China y en el Pacífico, mientras que en el año 2000 esta cifra ya se había elevado por encima del 30%.

Otro de los exponentes más significativos del discurso histórico revisionista lo encontramos en el santuario Yasukuni y en sus instalaciones anejas. Este santuario sintoísta, cuyo nombre significa literalmente "santuario de un pueblo pacífico", ha tenido una historia muy controvertida y ha vuelto a ser objeto de atención en 2005 por la visita que realizó a sus instalaciones el primer ministro Koizumi el pasado 17 de octubre. En él se honran las almas de los soldados que han muerto en combate luchando por Japón. El problema es que desde 1959 sus sacerdotes han practicado los rituales sintoístas necesarios para albergar los espíritus (*kami*) de más de 1.000 condenados como criminales de guerra. Entre ellos se encuentran 14 criminales de guerra de clase A, incluyendo figuras tan infames como Hideki Tojo. Es más, la dirección del santuario hace oídos sordos a la indignación que provoca esta situación fuera de Japón y entre algunos sectores de la sociedad nipona. Sin ir más lejos, las autoridades del santuario manifestaron públicamente a principios de junio de 2005 que no estaban dispuestas a separar las almas de los criminales de guerra de las del resto.

De hecho, el templo Yasukuni se ha erigido desde el fin de la Segunda Guerra Mundial en un potente símbolo del nacionalismo japonés para los nostálgicos del período imperial. Tanto es así que es frecuentado por los miembros de las diversas asociaciones ultranacionalistas existentes en Japón, que son fácilmente identificables por sus furgonetas negras equipadas con altavoces que emiten marchas militares y lanzan proclamas contra la influencia extranjera, y por sus cintas para el pelo con la bandera del sol naciente conocidas como *hinomaru*.

Además, el discurso histórico que se propaga desde el santuario Yasukuni queda claramente explicitado en el museo militar que se encuentra dentro del complejo del templo y que recibe unos 250.000 visitantes anualmente. Este museo, conocido como Yushukan, fue ampliado, modernizado y abierto de nuevo al público por las autoridades del santuario en 2002, con el doble objetivo de honrar las

almas de los muertos por Japón y contar la “verdadera” historia del Japón moderno. En sus salas se mantiene la retórica militarista previa a la Segunda Guerra Mundial y se critica la “visión masoquista de la historia que demoniza al Japón imperial”. Por ejemplo, cerca de la entrada al museo se proyecta un documental de 50 minutos titulado “Nunca olvidaremos: agradecer, rezar y estar orgullosos”. En este documental se condena al Tribunal Militar Internacional para Extremo Oriente por haber encontrado a Japón culpable de “crímenes contra la humanidad” y “crímenes contra la paz”, arguyendo que Japón y su ejército actuaron justamente en su intento de liberar a Asia de la agresión occidental. En esta línea, se sostiene que el presidente estadounidense Franklin D. Roosevelt no restringió las exportaciones de energía a Japón como muestra de protesta por la invasión japonesa de China, sino porque había decidido entrar junto a Gran Bretaña en la Segunda Guerra Mundial en 1939, “forzando así a un país con escasos recursos naturales como Japón a declarar la guerra”. Asimismo, en una exhibición sobre el “incidente de Nanjing” de 1937 no se hace ninguna mención a las decenas de miles de civiles chinos que fueron cruelmente asesinados por las tropas japonesas. Se limita a comentar que “los chinos fueron derrotados de forma contundente, sufriendo un enorme número de bajas. Dentro de la ciudad, los residentes fueron capaces de proseguir pacíficamente con sus vidas”.

Otro signo de la popularidad de este discurso nacionalista revisionista es el resurgimiento que está experimentando el cine bélico japonés. En este sentido destaca la película *La última batalla del Yamato* (*Otokotachi no Yamato*), que se estrenó en Japón el pasado 17 de diciembre y que está gozando de un gran éxito en taquilla, particularmente entre los jóvenes; las expectativas es que fueran a verla al cine unos 10 millones de japoneses. Además, la réplica del casco del Yamato usada para rodar este film ha sido visitada ya por casi medio millón de personas. En esta película, tras hacerse un breve resumen de la Guerra del Pacífico en el que los japoneses aparecen forzados a entrar en el conflicto por el embargo de petróleo aliado, se narra la última misión del *Yamato*, el barco más emblemático de la armada

japonesa durante la Segunda Guerra Mundial. Fue una misión suicida, que tuvo lugar entre el 6 y el 7 de abril de 1945 y en la que el Yamato fue hundido por aviones estadounidenses, segando la vida de la inmensa mayoría de sus 3.000 tripulantes. A lo largo del film, como apuntó su director, Junya Sato, se empatiza con la tripulación del barco “que eran personas jóvenes e inocentes enviadas a su

muerte (...) por los líderes políticos”. De esta forma, el productor, Haruki Kadokawa, espera conseguir que “la gente esté más orgullosa de Japón y sea más responsable”.

También en el año 2005 han aparecido mangas ultranacionalistas de gran popularidad, destacando *Odia a Corea: un cómic* e *Introducción a China: un estudio de nuestro molestos vecinos* (...) ambos mangas presentan la relación de Japón con

**“ En el año 2005 han aparecido [en Japón] mangas ultranacionalistas de gran popularidad, destacando ‘Odia a Corea: un cómic’ e ‘Introducción a China: un estudio de nuestro molestos vecinos’ (...) ambos mangas presentan la relación de Japón con Corea y China entre finales del XIX y principios del XX en términos de maestro-alumno y liberador-liberado, no en términos de invasor-invasido.”**

*Introducción a China: un estudio de nuestro molestos vecinos* (*Manga Chugoku nyumon: Yakkai na rinjin no kenkyu*), que han vendido más de 300.000 y de 200.000 copias respectivamente desde que fueron publicados a finales del pasado verano. Estas obras siguen los pasos de Yoshinori Kobayashi, quien vendió en los años noventa más de un millón de ejemplares de su serie de mangas *Manifiesto del nuevo orgullo* (*Shin gomanisumu sengen*), donde se sostenía que Japón libró en la primera mitad del siglo XX una noble batalla para liberar Asia de un orden mundial racista. En esta línea ambos mangas presentan la relación de Japón con Corea y China entre finales del XIX y principios del XX en términos de maestro-alumno y liberador-liberado, no en términos de invasor-invasido.

En el citado *Introducción a China...* los crímenes de guerra cometidos por el ejército japonés en este país son tachados de mera propaganda difundida por el gobierno chino y se presenta a los soldados japoneses como las verdaderas víctimas de la guerra. Por ejemplo, tanto la masacre de Nanjing como la existencia de las “mujeres de compañía” son definidas como mentiras del gobierno chino orientadas a difundir sentimientos anti-japoneses. En cuanto a la nefanda Unidad 731, que utilizó a miles de prisioneros de guerra en sus investigaciones con armas biológicas, se sostiene que en realidad fue creada para defender a los japoneses de los chinos. Asimismo, aparecen escenas de guerrilleros comunistas chinos enloquecidos rociando con cianuro a benevolentes soldados japoneses.

Respecto a la China de hoy es presentada como “una superpotencia mundial de la prostitución” y se le acusa de ser la principal exportadora de crimen, prostitución y enfermedades a Japón, por lo que se exigen mayores restricciones sobre la emigración china. Además, se acusa al gobierno

chino de dirigir organizaciones criminales en Japón y de inundar el país con "prostitutas infectadas de sida". Incluso se presenta al primer ministro Koizumi diciendo: "He oído que la mayor parte de las epidemias que se extienden por Japón provienen de China". Sin embargo, ninguno de estos dos mangas ha recibido fuertes críticas ni por parte de la administración, ni desde los principales medios de comunicación del país; incluso algunos periódicos conservadores, como el *Sankei Shimbun*, los han elogiado.

También resulta llamativa en estos cómics la contraposición entre la representación física de los japoneses y la de los coreanos y chinos. Mientras que chinos y coreanos son representados con rasgos típicamente asiáticos, como pelo negro y ojos rasgados, los japoneses pueden ser representados con rasgos caucásicos, con grandes ojos redondeados, narices afiladas e, incluso, pelo rubio. Este tipo de estética, que actualmente está completamente integrada en la cultura popular japonesa, tiene su origen en la Restauración Meiji y obedece a una visión muy determinada de Asia y Occidente, que queda recogida en el famoso ensayo del padre intelectual del Japón moderno, Yukichi Fukuzawa, *Abandonando Asia* (Datsu a-ron), donde se contraponía el atraso asiático con el desarrollo occidental. Según Kanji Nishio, presidente honorario de la Sociedad Japonesa para la Reforma de los Libros de Texto de Historia, nada ha cambiado desde la publicación de ese ensayo en 1885.

Este discurso revisionista japonés produce un rechazo tajante entre sus vecinos asiáticos, especialmente China y Corea. Por ejemplo, en el caso de China una encuesta del *Periódico de la Juventud China* (*Zhongguo Qingnian Bao*) afirmaba que más del 95% de los jóvenes chinos se sienten profundamente indignados por la negación japonesa de los crímenes de guerra. Asimismo, cientos de miles de personas se manifestaron en diversas ciudades de China a mediados del pasado abril para protestar contra los libros de texto de historia aprobados por el Ministerio de Educación japonés. Al igual que sucedía a principios del siglo XX, cuando China era un país semicolonial dividido en esferas de influencia, nos encontramos con movimientos nacionalistas poco organizados, pero muy prestigiosos y con gran capacidad de convocatoria, que exigen el boicot de productos extranjeros y pueden llegar a atacar a población e intereses japoneses en China. Es tal la sensibilidad existente sobre este tema que la actriz china Zhang Ziyi ha recibido numerosas críticas en su país por haber aceptado el papel protagonista en la película *Memorias de una Geisha*. La elección de una actriz china para interpretar el papel de una geisha ha sido considerado en numerosos foros de internet como un insulto para la nación china y ha sido relacionada con las "mujeres de compañía" a las que el ejército japonés forzó durante la Segunda Guerra Mundial. En un comentario publicado en el portal chino *Netease.com* podía leerse:

"Ella [Zhang Ziyi] se ha apartado de su camino para encarnar una válvula de escape para los deseos de los japoneses. Esto es una pérdida de cara para los chinos. Mujeres chinas fueron "mujeres de compañía" durante la Segunda Guerra Mundial y mujeres chinas siguen sirviendo a los japoneses en la actualidad".

Esta sensibilidad de la población china hacia la lectura que hace Japón de su pasado militarista ha sido notablemente avivada por las campañas de educación patriótica que ha lanzado el Partido Comunista Chino tras la supresión de la revuelta de Tiananmén en junio de 1989. En estos mensajes se ha transmitido una imagen eminentemente negativa de Japón, enfatizando su pasado militarista e imperialista y las atrocidades que cometieron las tropas japonesas sobre la población china. Dentro de esta campaña debe subrayarse tanto la intensidad de la misma como su tono eminentemente sensacionalista. Por un lado, las propias autoridades chinas reconocen que la estrategia en que se fundamentan sus mensajes de educación patriótica para transmitir su contenido es intentar maximizar la exposición y movilización de la población hacia la misma. Para ello emplean todos los recursos y oportunidades a su alcance. Entre ellos sobresalen el sistema educativo y los medios de comunicación, incluyendo internet, aunque también destaca el uso de numerosos productos y objetos culturales. Por ejemplo, en 2005 se produjeron más de 30 series de televisión centradas en la invasión japonesa de China. Mención aparte merecen las bases patrióticas, que son museos y lugares históricos convertidos en focos de difusión de la propaganda nacionalista del gobierno chino. Actualmente, existen varios cientos de bases patrióticas por toda China, aunque la mayoría se encuentran en Nanjing y en el nordeste, donde la presencia japonesa fue más intensa. Algunas de estas bases reciben al año decenas de millones de visitantes, siendo las más frecuentadas el Museo del Testimonio Criminal de la Unidad 731 y el Museo Conmemorativo de la Matanza de Nanking. Muchos de estos visitantes se acercan a las bases patrióticas de manera privada, pero otros muchos lo hacen forzados por su unidad de trabajo o por su centro de estudios. Por ejemplo, desde septiembre de 1996 cada estudiante de primaria y secundaria de la ciudad de Nanjing debe visitar estos lugares y otras trece bases patrióticas antes de poder graduarse.

En cuanto a la planificación en el tiempo, las campañas de educación patriótica se muestran particularmente activas en torno a tres fechas, el 7 de julio, inicio de la Guerra Sino-Japonesa de 1937, el 15 de agosto, final de la Segunda Guerra Mundial en 1945, y el 18 de septiembre, inicio de la invasión japonesa de Manchuria en 1931. Asimismo, su intensidad aumenta en torno a efemérides tan señaladas como la vivida en 2005, con el sexagésimo aniversario del fin de la Segunda Guerra Mundial. Resulta suficiente con

seguir los medios de comunicación chinos en las proximidades de estas fechas para encontrar testimonios de los numerosos actos organizados para conmemorar estos hechos.

Con respecto al tono de estas campañas nacionalistas, éste destaca por su sensacionalismo. En su afán por enfatizar el sufrimiento que soportaron los chinos durante la invasión japonesa y, por consiguiente, la mejora que conllevó en sus condiciones de vida la fundación de la "Nueva China", el régimen ha empleado un tono bastante morboso en sus descripciones. En la prensa oficial han aparecido incontables artículos y varios

libros que de forma minuciosa detallaban las atrocidades cometidas por el ejército japonés: "un chino fue diseccionado vivo con un escalpelo desde el cuello al abdomen", "aquellos que eran diseccionados vivos perdían la conciencia gradualmente", "experimentos en los que [...] chinos inocentes y saludables eran usados como 'material' para pruebas con armas bacteriológicas", "muchas de las víctimas fueron violadas repetidas veces y después asesinadas", acompañando los textos con fotos donde podían verse "competiciones de asesinato" y "juegos de asesinato", que mostraban a soldados japoneses preparados para decapitar a chinos o haciendo prácticas del uso de la bayoneta sobre chinos vivos y amarrados. Además, en algunas bases patrióticas, como en el Museo de la Guerra de Resistencia Anti-japonesa de Beijing, se han reconstruido varias de estas escenas con autómatas a tamaño natural, y los libros de texto chinos cuentan con material gráfico donde se reflejan de forma explícita estas atrocidades. Además, aquellos que hacen una representación más amplia de la guerra y no se centran exclusivamente en los crímenes cometidos por las tropas japonesas son silenciados. Por ejemplo, la película *Han llegado los demonios (Guizi laile)*, que ganó la Palma de Oro del Festival de Cannes en el año 2000, está censurada en China porque, aunque incluye escenas de brutalidad, también presenta una relación amistosa entre un soldado japonés y sus captores chinos. Según los censores chinos esta película "da la impresión de que los civiles chinos ni resistieron, ni odiaron a los invasores japoneses".

Junto a este tipo de tratamiento de la actuación del ejército japonés durante la segunda guerra sino-japonesa, Beijing ofrece una amplia cobertura informativa de cualquier actuación de las autoridades niponas que esté relacionada con estos hechos. Se enfatizan especialmente las acciones relacionadas con una interpretación revisionista de este período histórico, las visitas de la cúpula del gobierno nipón al santuario Yasukuni, o las sentencias negativas de los tribunales japoneses contra los ciudadanos chinos que sufrieron las

atrocidades cometidas por el ejército japonés. Cada vez que se produce alguno de estos hechos surgen numerosas manifestaciones en los medios de comunicación oficiales reprochando a Japón y al gobierno japonés que no hayan sido capaces de "romper con su pasado criminal", al no asumir las responsabilidades derivadas de la "política imperialista" de "invasión" y "esclavización" que practicó en Asia a finales del siglo XIX y durante la primera mitad del XX:

**"Las propias autoridades chinas reconocen que la estrategia en que se fundamentan sus mensajes de educación patriótica para transmitir su contenido es intentar maximizar la exposición y movilización de la población hacia la misma. (...) En 2005 se produjeron más de 30 series de televisión centradas en la invasión japonesa de China."**

En algunos artículos en prensa se ha podido leer: "¡En los 57 años que han transcurrido desde la guerra, el parlamento japonés, la Dieta, nunca ha apro-

bado una disculpa a las gentes de Asia y del Pacífico! ¡Los miembros más elevados del gobierno japonés persisten en honrar un monumento a los muertos japoneses en la guerra que incluye a criminales de guerra condenados! ¡Los libros de texto japoneses suavizan el historial de brutalidad de los ejércitos japoneses e incluso sugieren que la guerra fue idealista! [...] Japón todavía muestra desprecio por los antiguos prisioneros de guerra estadounidenses y por sus propios vecinos asiáticos al negar completamente su pasado militarista [...] al rechazar las reclamaciones derivadas de atrocidades tales como la masacre de Nanjing de 1937, donde los japoneses masacraron a más de 300.000 civiles chinos desarmados; al rechazar las obligaciones oficiales hacia las más de 200.000 mujeres asiáticas que fueron esclavizadas en burdeles militares; al negar cualquier compensación a los millones de individuos forzados a trabajar como esclavos para las corporaciones japonesas durante la guerra; al negar la realización de horripilantes experimentos con humanos y de una guerra bioquímica masiva contra la población civil".

Algunas recomendaciones

### Algunas recomendaciones

En 2005 ha sido particularmente evidente la influencia negativa que tienen ciertas actitudes nacionalistas sobre las relaciones sino-japonesas y sobre la estabilidad de Asia Oriental. Por ello, sería deseable que los gobiernos de ambos países tomaran medidas para reconducir esta situación. Una iniciativa positiva sería la formación de una comisión conjunta, como hicieron Francia y Alemania tras la Segunda Guerra Mundial, donde historiadores de ambos países pudiesen acordar libremente una interpretación unificada de la guerra que, posteriormente, sería plasmada en los libros de texto de ambos países. En cuanto a la parte japonesa, sería deseable que se ofreciesen compensaciones a las víctimas de la guerra y que se modificase el estatus del santuario Yasukuni. Teniendo en cuenta que éste es una insti-

tución de carácter privado, a la que el gobierno japonés no tiene la capacidad de obligar a cambiar el estatus de los criminales de guerra a los que honra, la solución sería establecer un homólogo estatal que no honrase a los criminales de guerra. Esta institución sería un verdadero equivalente al Cementerio Nacional de Arlington estadounidense, a la Tumba del Soldado Desconocido francesa o al Cenotaph británico, y las visitas al mismo por parte de autoridades japonesas no serían en absoluto controvertidas. Por su parte, el gobierno chino tendría que difundir una imagen más ecuánime de Japón. Aunque algunas de estas medidas parecen posibles a corto plazo; por ejemplo, el cese de las visitas de Koizumi podría facilitar una menor visibilidad del santuario Yasukuni. Desgraciadamente, con otras no se puede ser tan optimista dado el alto coste político que tendrían que pagar los actores implicados.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

ESTEBAN, M. (en prensa), *Nacionalismo y cambio político en China después de Tiananmen*, Madrid: Libros de la Catarata.

IIDA, Y., (2002), *Rethinking Identity in Modern Japan: Nationalism and Aesthetics*, London: Routledge.

SAALER, S. (2005), *Politics, Memory and Public Opinion. The History Textbook Controversy and Japanese Society*, Munich: Iudicium Verlag.

V.V.A.A. (2005), "The Asia-Pacific War Sixty Years On", *IIAS Newsletter*, nº 28.